

Psicosis y vínculo social. Una orientación no segregativa para pensar la práctica en instituciones.

Psychosis and social bond. A non-segregative orientation to think about the practice in institutions.

Cosme Sánchez Alber.

Técnico en intervención social. Grupo de trabajo e investigación de OME-AEN sobre la práctica de los educadores sociales en el campo de la Salud Mental.

Resumen: Las psicosis, cuyas coordenadas se sitúan más allá del sentido y del saber científico actual, nos convocan, para quien sabe escucharlas, a nuevas e inéditas maneras de pensar y articular los modelos de atención social y sanitaria. Estas posiciones subjetivas nos enseñan diferentes maneras de ser, de estar, y de hacer lazo social, así como una capacidad inaudita para la invención y la creación de soluciones particulares, *por fuera de las normas*. En el presente artículo se propone elaborar un saber, tomando como orientación las psicosis, que nos permita avanzar en la creación de nuevas formas de hacer institución.

Palabras clave: Salud Mental Comunitaria, psicosis, acompañamiento, lazo social, lenguaje.

Abstract: The madness, whose coordinates lie beyond sense and current scientific knowledge, call us, for those who know how to listen to them, to new and unprecedented ways of thinking and articulating models of social and health care. This subjective position teaches us different ways of being, of being and of making a social bond, as well as an unprecedented capacity for invention and the creation of particular solutions, *outside the norms*. In the present article it is proposed to elaborate a knowledge, taking as orientation the psychosis, that allows us to advance in the creation of new ways of doing institution.

Key words: Community Mental Health, psychosis, accompaniment, social bond, language.

Introducción

Alrededor del campo de la locura se han organizado históricamente modelos de tratamiento notablemente segregativos. El encierro, la contención, la reeducación, los tratamientos farmacológicos excesivos o la vigilancia permanente son

algunas de sus manifestaciones más recientes y actuales. A las que podemos añadir el desconocimiento y la angustia a la que los profesionales se ven confrontados en su particular encuentro con esta singular manera de estar en el mundo.

Las psicosis suponen un funcionamiento muy particular que, en muchas ocasiones, no participa ni del discurso común ni de los modos de vida considerados “normales” (según la norma estadística). Se trata de un territorio desconocido –por descubrir– que produce en el imaginario colectivo ciertas dosis de temor y rechazo. Cabe decir que a lo que se teme es, en buena medida, a la locura de cada uno.

“En un momento en el que la globalización y las exigencias del mercado tienden cada vez más a hacerse amos de la política en cada uno de los niveles en los que interviene la decisión de los diversos profesionales, no está de más preguntarse por los nuevos destinos de la segregación. En este movimiento institucional quien da la verdad de lo segregado es la psicosis y sus nuevas formas clínicas.” (Bassols, 2003¹).

Lo que las locuras nos enseñan

En mi recorrido profesional, por diferentes instituciones y servicios, he tenido la suerte de escuchar, conversar y acompañar a personas cuya clínica podríamos situar en el amplio y diverso espectro de las psicosis y sus nuevas formas de manifestación. En los territorios de la exclusión social encontramos infinidad de casos. Personas con problemáticas muy graves de salud mental que no encuentran apoyo ni sostén, no se identifican, y que en no pocas ocasiones transitan de una ciudad a otra, de una institución a otra, sin encontrarse un Otro a la medida de sus sufrimientos. En lo que llamamos “exclusión social” encontramos una clínica del pasaje al acto, las adicciones y la errancia donde los fenómenos del cuerpo, la alucinación, el delirio, la paranoia o el abandono se manifiestan con radical intensidad.

En el presente artículo trataré de situar de qué manera podemos aprender de las psicosis para pensar nuestra práctica y, por añadidura, los modelos actuales de atención social y sanitaria. En este sentido, propongo una localización de las locuras que no sea segregativa, ni enfermedad ni disfuncionamiento; una manera de pensarlas como lo propiamente humano. Sosteniendo decididamente esta tesis, este agujero en el discurs

so de la salud mental, podremos avanzar hacia nuevas formas de hacer institución en un campo de experiencia muy diverso. Por otra parte, si nos tomamos en serio el hecho de que la locura no es algo deficitario podremos acompañar a cada persona en sus diversos avatares sin convocarlas al abismo de la segregación o al desamparo, caso por caso, y con nuestro apoyo.

Tomando como orientación las psicosis: Un saber por fuera de las normas

Las psicosis, cuyas coordenadas se sitúan más allá del “sentido común” y del saber científico actual, nos convocan, para quien sabe escucharlas, a nuevas e inéditas maneras de pensar y articular los modelos de atención social y sanitaria. Nuevas maneras de acompañar a estas personas. Un saber que nos permita avanzar en la creación de nuevas formas de hacer institución, tomando como orientación las psicosis. Esta posición subjetiva nos enseña diferentes maneras de ser, de estar, y de hacer lazo social, de identificarse o de no poder hacerlo, así como una capacidad inaudita para la invención y la creación de soluciones particulares, *por fuera de las normas*.

Es precisamente esta condición de *un saber que circula por fuera de las normas* el primer eslabón de una cadena del que las prácticas institucionales pueden servirse, aprender, modularse y flexibilizarse; No para suprimirlo, sino para acogerlo y promocionarlo. El lazo social se organiza, y se ha organizado siempre, en función de la particularidad de cada sujeto. Cada persona ha de inventar una solución propia para engancharse a lo social. Una solución por fuera de las normas; no hay ni el protocolo ni el manual que nos indique cómo hacerlo.

En este sentido es notable advertir, y situar de entrada, lo que estas posiciones subjetivas nos enseñan con respecto al saber, al lenguaje y al discurso.

El saber

El saber que interesa a nuestra práctica es aquel que se va depositando poco a poco en cada uno de nosotros a propósito de nuestras experiencias y coyunturas vitales. Se trata de un saber que a menudo es ignorado por nosotros mismos, sin

¹ Bassols, Miquel (2003). Psicoanálisis e institución. *Revista Cuadernos de psicoanálisis*. Número 27. Ediciones Eolia.

embargo, esa cualidad no le resta su potencia, es más, le dota de una potencia singular, orientando nuestras vidas.

No se trata entonces ni del saber técnico ni del conocimiento universitario, sino de hacer emerger ese saber, a veces ignorado, que está del lado de la persona que atendemos. Un saber, el de cada uno, que nos permitirá organizar nuestro lazo social. Un saber con el que circular por el mundo y habitar recorridos posibles. Un saber que hará posible, para cada sujeto, encontrar su lugar y su estilo. Un saber que nos ayude a defendernos de la invasión del Otro, de su ambivalencia y capricho, cuando tanto su mirada como su presencia resulten excesivas (en la paranoia) y a protegernos del ruido de la lengua (en la esquizofrenia).

Para poner en circulación este saber, que está del lado del sujeto, se necesita un tiempo y un vínculo. Una relación a la que llamamos transferencia. Dar un tiempo, escuchar, preguntar, sostener. Soportar la transferencia. Soportar el vacío, el dolor y la angustia, es consustancial al encuentro y al lazo social en el trabajo con personas.

Las psicosis nos enseñan que el saber se construye poco a poco, y que para ponerlo a nuestro servicio, usarlo y desplegar sus implicaciones, es necesario un Otro. En nuestro caso, una institución que pueda acoger este saber, localizarlo y promocionarlo. Para ello son necesarias, al menos, tres consideraciones.

1. Que el profesional esté dispuesto a sostener una posición de confianza en las personas que se dirigen a él. Una confianza basada en la presunción de que hay un sujeto, y de que hay un saber (por elaborar). Que el sujeto tiene un saber sobre sí mismo pero que quizás aun no ha localizado sus coordenadas ni aquellos resortes que puedan hacerlo circular; servirse de él.
2. En segundo lugar, es necesario que el profesional se coloque en una posición de no-saber. Es decir, no taponar con sus ideas (ideales) ni con sus conocimientos (programas) la falla por la que cada sujeto está constituido y que supone la puerta de entrada a su propio saber. No precipitarnos en nuestras interpretaciones, sino, más bien, acompañar en la elaboración de un saber propio; el de cada sujeto implicado.

3. Una institución regulada, no dogmática, capaz de alojar las invenciones propias de cada sujeto implicado.

Bajo estas consideraciones, propongo una nueva definición del concepto de acompañamiento, compatible con las ya existentes en el programa asistencial. Acompañar a cada persona en la emergencia y elaboración de este saber propio.

Un ejemplo. *“Quieren mi dinero”*

María, a quien atendemos en el servicio de acompañamiento² para personas en situación de exclusión social, acaba de acceder a un servicio residencial. Nos cuenta que allí se encuentra *“vigilada las 25 horas del día”, “me roban”, “hablan de mí a mis espaldas, me quieren echar”*. Le pregunto por cómo poder arreglárselas con ello, me dice *“quieren mi dinero”*. María ha pensado que quizás podría dejar su dinero en una caja fuerte en su centro de día, además añade *“la música me ayuda, así no pueden leerme los pensamientos”*. Apoyo esto con énfasis y determinación. María compra una caja para su dinero y la deposita en nuestro centro de día, *“bajo llave”*, al mismo tiempo que se compra unos auriculares y nos pide que le descarguemos canciones de internet. Con esta operación, aparentemente sencilla, María ha dejado de perseguirse en el piso. Ahora dice, *“voy a lo mío, no me altero y cumplo con mis tareas”*.

En la paranoia, el Otro se muestra extremadamente voraz y glotón, quiere el objeto del sujeto, en este caso su dinero. Cuando el sujeto pone a resguardo su objeto, las interpretaciones delirantes ceden. El uso de los auriculares le permite una separación real del objeto voz (muy invasivo en este caso). Bajo estas coordenadas, María puede ocupar un lugar más apacible y explorar otros recorridos posibles, de momento, bajo el amparo de la institución.

² Desde el año 2013 coordino un servicio de acompañamiento para personas en situación o riesgo de exclusión social. Se trata de un centro de día inscrito en la red de servicios de inclusión social de la Diputación Foral de Bizkaia y gestionado por una entidad del Tercer Sector. Un lugar donde tratamos de organizar una práctica social y ética basada en la singularidad de cada sujeto implicado.

El lenguaje

En su escrito “*De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis*”³, Jacques Lacan sostiene que la estructura misma del lenguaje confronta al sujeto con una falta fundamental. La estructura del lenguaje tiene una dimensión de profunda división subjetiva, para cada uno de nosotros. En esto, Lacan sigue al lingüista Roman Jakobson, para acabar sosteniendo que la estructura del lenguaje está marcada por un agujero constitutivo que apunta a la división del Otro, a la confrontación del sujeto con un lugar vacío. El acto mismo del sujeto con su propia enunciación es la respuesta posible a ese vacío que habita el lenguaje.

Las psicosis son especialmente sensibles a este hecho del lenguaje. La certeza psicótica evita confrontarse con el malentendido de la lengua, es decir, la división subjetiva que pone en juego la cadena significante. La palabra nos compromete. Para estos sujetos resulta extremadamente complicado situar la falta (el vacío que habita en el lenguaje) en su propia constitución de seres hablantes, por ello es habitual que la sitúen en el campo del Otro. La culpa es del otro. Por su parte, con respecto a la inocencia paranoica, esta responsabilidad sería atribuida al Otro.

Ejemplo 1. “*Todos me tienen envidia*”

Javier acude cada día al centro de día, en el transcurso desde su casa al servicio se encuentra con personas que le injurian, “¿te puedes creer? *todo me pasa a mí, tengo la negra*”. En el taller de reciclaje se queja de que le han robado sus trabajos, sus piezas, sus herramientas, “*no sé por qué lo hacen, ¿será para fastidiarme? todos me tienen envidia*”. Ante un primer momento de perplejidad, Javier sale de esta perplejidad atribuyendo el mal al Otro. Javier tiene la certeza de que el Otro quiere perjudicarlo.

³ En “De una cuestión preliminar...” Lacan sostiene la causalidad significante en la psicosis, enuncia su tesis de la forclusión y sus efectos en los registros real, imaginario y simbólico. Aporta los conceptos de desencadenamiento y estabilización a partir de la identificación imaginaria y la metáfora delirante. Advierte sobre la dificultad de la transferencia en el tratamiento de las psicosis y abre camino hacia nuevas consideraciones en relación a la clínica de la psicosis a partir de la conceptualización de una clínica de las suplencias.

Para hacer deconsistir esta presencia masiva del Otro, el equipo del centro de día, cada mañana, atiende a Javier con especial prudencia y cariño. Tomamos nota de todas y cada una de sus quejas (sin contradecir su certeza) así como de aquellos objetos que le faltan, los buscamos y se los entregamos, uno por uno, para que pueda seguir con su trabajo. Además introducimos un poco de humor, ya que Javier es muy amigo de los chistes y las bromas. De esta manera y con nuestra ayuda, Javier ha encontrado un tratamiento irónico del Otro, que apacigua sus síntomas.

Ahora se ríe de lo que le pasa y cada día nos hace partícipes de todas y cada una de las penurias, agravios, calamidades e injusticias que tiene que padecer. Ahora sí, haciéndolas pasar por el tamiz humorístico donde encuentra el alivio necesario para continuar con sus proyectos “*y poder pensar en otras cosas, imenos mal que aún me queda humor!*”. Javier, que en el pasado desarrolló una extensa actividad laboral en el campo de la construcción, se apunta a un curso de soldadura con el propósito de retomar su actividad profesional.⁴

Ejemplo 2. La firma robada

Al acercarse las navidades, Daniel nos solicita para que le acompañemos al dentista. Acude al dentista con una educadora en prácticas. Allí firma un consentimiento para una extracción de un diente. Al día siguiente, Daniel nos asegura que dejó el documento en nuestro centro de día y que se lo hemos perdido. Se encuentra terriblemente angustiado porque “*van a utilizar mi firma, hacerse pasar por mí, suplantar mi identidad*”. Piensa que nosotros tenemos algo que ver en esta conspiración.

Para tratar de salirnos de su interpretación paranoica hacemos lo siguiente. En lugar de contradecir su certeza, todo el equipo del servicio pone patas a arriba el centro de día para buscar su documento (su firma, su identidad), durante toda una semana, mostrándonos muy preocupados. Esto alivia a Daniel, de manera que, aunque molesto por la situación, continúa participando

⁴ El presente ejemplo da cuenta de los efectos de segregación y exclusión social que se derivan de los fenómenos de alucinación e interpretación delirante en las psicosis.

de las actividades y espacios que ofrece el centro de día durante los días sucesivos. Hablo con su psiquiatra al cabo de unos días y me dice que Daniel le ha dicho que somos un “*desastre*” pero que, no obstante, ahora ya no se persigue con nosotros. Al cabo de una semana, Daniel nos dice “*¡tengo la solución!*”. Firmaremos un escrito en el que certificamos que se ha extraviado un documento con su firma, de esta manera, nos explica Daniel “*si alguien se hace pasar por mí, podré protegerme con este documento firmado por todos, que llevaré siempre conmigo*”. Organizamos un ritual muy formal, en el que yo mismo me presento como abogado, la estudiante en prácticas es la testigo, mi compañera la trabajadora social, y solicitamos dos testigos para que den fe y pongan su firma en el documento.

En este segundo ejemplo, se realizan varias operaciones. Por un lado, el equipo se muestra torpe, “*un desastre*”, despistado y preocupado al mismo tiempo, es decir, nos mostramos en falta, divididos, de manera que Daniel pueda alojar la falla en nosotros. Esto genera, de entrada, ciertos efectos de apaciguamiento al poder situar y localizar la falta en el Otro, un lugar donde poder alojar su preocupación. Por otra parte, le damos un tiempo para que él mismo pueda inventar una solución singular que le permita defenderse de la intrusión del Otro, “*robarme la identidad*”, es decir, quedar destituido como sujeto de derecho. Finalmente se aprecia que su solución es la mejor. Su identidad, por mediación de su firma, vuelve a él. Lo único que hacemos nosotros es estar atentos a lo que el sujeto pueda inventar y dar consistencia a su solución privada organizando una ceremonia muy solemne, que de forma y envoltura, a su invención singular.

El discurso

¿Cómo define Lacan el concepto de discurso? El discurso es la estructura del lenguaje en tanto en cuanto hace lazo social. El lenguaje en su vertiente «instrumento para el lazo social». Concepto muy operativo para aplicar a las prácticas institucionales, ya que éstas se sostienen de un discurso. Toda institución es susceptible de ser pensada como fenómeno discursivo.

Una clave para aproximarnos a la noción de discurso en Lacan la aportó Jacques Alain Miller.

Cada discurso es un orden. La eficacia del discurso tiene que ver con un cierto automatismo, un ordenamiento. El discurso tiene la capacidad de distribuir una serie de acciones, funciones, series, circuitos, lugares y concatenaciones que se repiten. Lo que se ordena es la relación del sujeto con el sentido. El discurso cumple una función de ordenamiento ante el vacío de significación constitutivo de la estructura del lenguaje. Lacan capta este funcionamiento que tiene mucho más poder que todas las políticas del mundo.

Ejemplo 1. La cámara de fotos

Sergio solicita entrar en el centro de día, se encuentra perplejo y alucinado. “*No sé qué hacer durante el día*”. Me explica su extrañeza a partir de las miradas del dueño del bar, debajo de su casa, “*me vigila, ¿quiere algo de mí?*” y testimonio de su dificultad para “*parar de beber, me siento vacío, se me para el pensamiento y me pregunto ¿qué hago aquí? Entonces bebo*”. Le digo, sin mirarle, que tomo nota de todo cuanto me dice y le pregunto si hay alguna cosa que le guste, me dice “*¡mi cámara de fotos!*”. Le propongo con entusiasmo traerla el próximo día. Al despedirnos añade “*tengo un problema con el lenguaje, las palabras se me quedan en la cabeza y no puedo sacarlas, son imágenes e información que escucho desde niño*”.

Los días sucesivos Sergio me enseña el manejo de su cámara de fotos y comienza a realizar, con nuestra ayuda, todo tipo de trabajos de imagen como carteles, videos, exposiciones y cortometrajes en los que incluye textos, sonido e imagen. Sergio comienza a interesarse por grabar y fotografiar actividades culturales, conciertos, eventos deportivos, manifestaciones, etc. A donde acude con su cámara de fotos los fines de semana. Además se equipa con un chaleco en el que escribe “*fotoógrafo independiente*”, de manera que pueda acceder con mayor facilidad a estos eventos, “*acercarme más*”. “*Soy el fotoógrafo del centro*”, me informa.

Sergio nos enseña varias cosas. En primer lugar, que el visor de su cámara de fotos le permite enmarcar su mirada, localizar su punto de vista y ocupar un lugar de enunciación, de manera que ya no se encuentra tan expuesto a las miradas de los otros. En un segundo tiempo, al introducir el

sonido, la voz y los textos, Sergio organiza un tratamiento para las voces e imágenes que no cesan. Un anudamiento entre el cuerpo y la palabra, por mediación de su cámara de fotos. Finalmente, “*ser el fotógrafo del centro de día*” le permite alojarse en un discurso bajo el paraguas de un significante que lo representa, y que precisamente viene a ocupar el lugar vacío. Pasar de vivir pasivamente el lenguaje, el eco de las voces de los otros, a ser agente de su propia voz.

Ejemplo 2. La escritura: “*Necesito un ordenador*”

Ismael acude a solicitar plaza en nuestro centro de día. Le pregunto sobre sus necesidades e intereses: “*Necesito un ordenador, quiero buscar mis principios para avanzar mi futuro, escribir mi libro. Mi vida es un caos*”. Le propongo, si le parece bien, que los educadores del servicio puedan enseñarle el manejo básico de los ordenadores y los procesadores de texto, una colaboración. Ismael me responde “*Si, una cadena*”.

Ismael ha escrito ya cuatro libros. En el primero de ellos narra su vida como adicto a la heroína. En su segundo libro relata sus viajes, sus fugas y su vida en la calle. Su tercer libro es de poesías y lleva por título “*Almas rotas*”, es allí donde Ismael sitúa con absoluta precisión el desencadenamiento de su psicosis y los efectos en su cuerpo. Finalmente escribe el que hasta la fecha es su último libro “*El comienzo*”.

Tras escribir “*vida de un extoxicómano*”, Ismael abandonará el consumo de tóxicos y se pone a trabajar repartiendo periódicos. Tras su segundo libro “*El chico de la calle*”, Ismael accede a una casa de un proyecto de la Diputación, dejando su vida en la calle. He aquí el compromiso de este sujeto con su escritura. Un ordenador que introduce tres tiempos: “*Parar, pensar, actuar. ¡Una cadena!*” señala Ismael.

La escritura es, para Ismael, un lugar. Un lugar que lo protege del caos del mundo y que le permite instaurar “una cadena” allí donde no la había, en el lenguaje. Un lugar a partir del cual inaugurar un nuevo orden y, en consecuencia, producir “un comienzo”; un proyecto de vida. Se trata de un hallazgo para abordar su malestar; el alma rota, un dolor por fuera del sentido y de la significación (fuera de la cadena). Ismael inven-

ta una manera propia de tratar este dolor, una solución que permite al sujeto organizar una regulación singular de su mundo subjetivo. Por mi parte, fue necesario que yo desinflara toda una serie de ideales de reinserción social y terapéutica que el sujeto traía consigo, permitiéndole así ocupar un lugar Otro en el vacío que esos ideales dejaban.

“Escribir es una liberación, me libero de mi rabia, de mi ira, es como un imán, me pego a la silla y al ordenador y escribo para las futuras generaciones, para dar testimonio, es terapéutico, me lo dice mi inconsciente, no sé por qué, pero me libera. Pasar del caos al orden, de la oscuridad de la noche a la luz.”

Una orientación no segregativa

Recordemos que la definición del acto de instituir hace referencia a la posibilidad de establecer algo de nuevo, dar principio a una cosa. El modo de hacer institución es, pues, relativo al discurso que lo sustenta; por ello, una orientación anti-segregativa resulta fundamental de cara a sostener un trabajo ético.

El discurso del capitalismo “impaciente” (Sennett, 2006⁵) ha colonizado gran parte de las prácticas que se desarrollan en el programa institucional: eficacia, eficiencia, criterios de rentabilización inmediata, cortoplacismo y derivación del problema. En consecuencia, muchas de las prácticas llamadas sociales se organizan alrededor de unos protocolos y unas normativas tan rígidas, límpidas y eficientes que no dejan lugar, ni tiempo, ni espacio para acoger la singularidad, el malestar o la palabra de cada persona, y que finalmente evitan sostener y soportar la emergencia de un lazo social.

El discurso capitalista opera a condición de borrar la falla estructural del ser viviente por mediación de diferentes promesas que taponan lo imposible: promesas de felicidad y calidad total, objetos de consumo, satisfacción inmediata, o

⁵ En su ensayo “La cultura del nuevo capitalismo”, Richard Sennett estudia la evolución de las instituciones, las competencias del individuo y las formas de consumo en relación con las aspiraciones libertarias de los años sesenta. Tras el estallido de las burocracias y de las constricciones, aflora ahora la fragmentación de la vida social.

una definición de la salud como aquel estado de *completo bienestar* físico, mental y social...

Freud sostuvo, y nunca cedió en esto, que hay tres profesiones imposibles: educar, gobernar, psicoanalizar. Esto significa que en el trabajo con el otro, con personas, hay que dejar siempre un lugar vacío. Capaz de alojar aquello que hay de impredecible en cada vida humana. En cada persona existe un resto ingobernable, ineducable, que alberga lo imposible. Es precisamente la conservación de este resto lo que hace posible que nuestra práctica no sea totalitaria/segregativa.

Es por ello que nos convendría situar, de entrada o a posteriori, las condiciones de posibilidad de aquel discurso que sostiene una práctica. Basta recordar las palabras de Jacques Lacan para promover una localización de la locura que no fuera segregativa. El Lacan de 1946 lo decía así: *“El ser del hombre no solo no puede ser comprendido sin la locura, sino que no sería el ser del hombre si no llevase en él la locura como límite de la libertad”*. En nuestro contexto asistencial, se trata de promover, a contracorriente, una concepción de la locura que no pase ni por la vía de la segregación, ni por la dualidad Razón (Normalidad)-Locura (déficit, enfermedad). Sino más bien por ubicar las locuras en el campo de lo humano, en su interior, en el corazón mismo de la subjetividad.

Las psicosis, por su íntima relación a la naturaleza de la vida, gozan de una posición privilegiada para acceder a los misterios del mundo. Ellas desvelan algo fundamental de la experiencia del sujeto con el sentimiento de la vida. Desnudan la verdad de la relación intersubjetiva.

Cada uno de nosotros está loco y delira, a su manera y en diferentes grados. De hecho, el lazo social como tal solo es posible si se articula y modula en función de la locura de cada uno. Considerar la ligación primordial entre el ser y el mundo pasa por conocer la locura de la que está uno hecho. Amar(rar)la un poco, negociar con ella. Escucharla y cuidarla, también protegerla. Ya que nuestra locura constituye, en su esencia, el tesoro de nuestra subjetividad. Un resto por fuera de las normas y la civilización. Acompañar las locuras, protegerlas del rugido de la normalización y la segregación, sin olvidar

las condiciones de posibilidad de un acto que no es sin el consentimiento y el límite a la libertad de cada uno.

Un principio que permita orientar una política de aquellos dispositivos asistenciales que quieran reinventar la ubicación, difícil y compleja, de la locura en lo social, de otra forma que no sea la de la segregación (Bassols, 2003).

Psicosis y lazo social

La lógica que subyace a las psicosis no es la lógica que podríamos denominar “común”, o universal. El profesional deberá, por tanto, separarse de los lugares comunes y de los ideales de la civilización para poder ocupar un lugar Otro. En otras palabras, el clínico, el educador, el trabajador social tendrá que consentir enloquecerse un poco. Ser permeable a la otredad y protegerse frente a las contaminaciones del sentido común.

En cierto sentido, las locuras son también una forma de rechazo e insumisión a las identificaciones comunes. El sujeto psicótico desvela lo que hay de impostura en los semblantes y en los ideales de la civilización, dejando a cielo abierto la falsedad inherente a las identidades, la autoridad, la buena voluntad de los profesionales y sus “consejos”, o las categorías de clasificación diagnóstica, sin ir más lejos. Sin duda, esto nos pone en un aprieto. Se trata de una posición subjetiva que se resiste a ser asimilada por las categorías universales, es decir, no participa del universo simbólico ni del lazo social, tal y como lo conocemos.

La promoción de recorridos sociales en el campo de las psicosis nos enseña que no basta con la aplicación del protocolo, ni con la buena intención, de cara a producir una práctica ética que permita a cada sujeto inventar una manera propia para soportar la vida y orientarse en su búsqueda de un lugar en el mundo. Estas posiciones subjetivas nos enseñan que el lazo social, como tal, no existe. Hay que construirlo. Se trata de una operación que pone en juego las invenciones de cada uno de nosotros. Es con lo más particular de cada uno con lo que se puede organizar un lazo, un anudamiento, entre el cuerpo, la palabra y el vínculo social.

Por otra parte, también podemos pensar la posición del sujeto en la psicosis como una forma de saber alternativa. En primer lugar, nos enseñan que el saber no está del lado de la ciencia, sino del lado del sujeto. Para que un buen encuentro sea posible es necesario que el profesional descomplete su posición de saber técnico. Estas posiciones nos enseñan que es necesario organizar prácticas institucionales más flexibles. Prácticas y servicios que puedan ir adaptándose a las circunstancias de cada persona, a sus condiciones, a sus enganches y desenganches –presencias y ausencias– en un continuo de atención. En procesos abiertos a la incertidumbre, no predecibles sino decibles a posteriori.

Por último, las psicosis testimonian del poder de las palabras, de su potencia. El lazo social se sostiene de un discurso. Las instituciones se pueden pensar como fenómenos discursivos. Para que las palabras tengan sentido, es necesario realizar una operación que implique al sujeto, su responsabilidad y su consentimiento. He aquí, el tipo de institución que pueda favorecer una atmósfera capaz de acoger, alojar y promocionar a cada sujeto implicado.

“Hay almas a las que uno tiene ganas de asomarse, como a una ventana llena de sol”.

Federico García Lorca.

Contacto

Cosme Sánchez Alber • Calle Solokoetxe 3, 3º • 48005 Bilbo
cosmesan@hotmail.com • @cosmesanchez76 • Tel.: 620 313 855

Notas bibliográficas

- Bassols, M. (2003). Psicoanálisis e institución. *Revista Cuadernos de psicoanálisis*. Nº 27. Ediciones Eolia.
- Lacan, J. (1969-70). *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*. Ediciones Paidós. Buenos Aires-Barcelona-México.
- Lacan, J. (1958). *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis*. Escritos 2. Grupo editorial Siglo XXI.
- Laurent, E. (2003). Acto e institución. *Revista Cuadernos de psicoanálisis*. Nº 27. Ediciones Eolia.
- Sennet, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Anagrama.

- Recibido: 13/4/2018.
- Aceptado: 21/9/2018.